

XIIDP

TRÍPODE

Santander, 16 y 17 de mayo de 2015

Por Santiago de Ossorno

Con él auestas a todas partes notando su peso en el cuello, todo para intentar sacar alguna foto de grupo para la posteridad, ya lo hice el año pasado en Zaragoza y he repetido este año en Santander con resultados dispares pero al menos metiendo a todo el grupo en cada foto que es de lo que se trata, espero que a la tercera —en mi tierra natal— irá la vencida.

A más de uno debí arrearle un tripodazo, o como se diga porque tiende a sobresalir de mi figura y como no tengo costumbre se me olvida que está ahí, si el golpe se lo lleva un pínfano lo normal es que no se lo tome a mal y me perdone, es por una buena causa, pero en la visita al Palacio de la Magdalena casi se lo meto por un ojo a una señora bajita y... ¡si las miradas matasen!

Resulta evidente que si solo llevase el trípode no conseguiría la foto de marras ni por casualidad, así que cruzado sobré él llevaba también la cámara de fotos, no es que sea gran cosa pero lleva su funda con los accesorios y tiene su peso, con ambos colgando del cuello corro el riesgo de acabar con dolor en alguna parte, esta vez una contractura temporal en el omóplato que no ha llegado a mayores, ha sido llegar a casa y desaparecer.

Con ellos colgando del hombro fui caminando a la parte de excursión que pude hacer porque el autobús se llenó y no cabíamos todos, me hubiera gustado mucho y así lo tenía previsto sacar una foto del grupo en el faro de Cabo Mayor, la tenía perfilada en mi cabeza: el grupo enmarcado por el mar Cantábrico y a un lado la silueta del faro, los faros son muy fotogénicos y hubiera quedado una foto estupenda, buscaremos alguno en Sevilla y si no ahí tendremos a la Torre del Oro, seguro que no le importará hacernos ese favor.



Tras un corto paseo junto al mar llegamos al Palacio unos minutos antes que los autobuses, lo justo para avisar en Recepción de nuestra inminente llegada, recoger la factura y empezar la visita guiada; el trípode, la cámara y yo pronto nos cansamos de estar de pie de una sala para otra, somos más de cielo abierto y sabiendo que fuera podríamos hacer algunas fotos bonitas, como por ejemplo a la isla de Mouro, no tardamos en abandonar la visita, fuera se respiraba la salina brisa del mar aunque algunos

pínfanos aprovechaban para echarse un cigarrito ante la inmensidad cantábrica.

Al salir los grupos una de las guías propone hacer la foto ante la fachada principal porque hay una escalera que viene muy bien para este tipo de tomas, vamos reuniendo a los pínfanos desperdigados y nos encaminamos hacia la escalinata, justo entonces empieza a llenarse la amplia terraza con los invitados de una boda y... venga, mejor nos vamos a la escalinata lateral que tampoco está mal.

Poco a poco nos vamos agrupando para la foto, planto el trípode frente al grupo, coloco la cámara y preparo la foto, estoy flanqueado por otros fotógrafos así que respiro tranquilo porque entre todos alguna sacaremos bien, se trata de no dejar a nadie fuera de foco; programo una demora de 10 segundos y corro hacia el grupo entre el cachondeo general, los pínfanos nunca dejaremos de serlo así pasen 500 años.



Preparo la cámara para una segunda toma, activo el flash para que sirva como señal visible de que la foto se ha disparado, compruebo el resultado y lo doy por bueno, eso me pasa por no mirar bien —los riesgos del directo que dicen— pues una vez en casa compruebo que algo he debido tocar mal porque en la segunda foto he desaparecido y, como no podía ser de otra forma, es la mejor de las dos.

Volvemos los tres —trípode, cámara y yo— junto con el resto de afectados al hotel al que llegamos antes que los autocares que están dando una vuelta panorámica por la ciudad, tanto que nos da tiempo a tomarnos una cerveza y unas excelentes rabas en uno de los bares vecinos; decido examinar la entrada al hotel para intentar sacar otra foto de grupo pero termino que no seré capaz de meter a tanta gente en una foto con tan poco espacio, tendría que irme a la acera de enfrente y eso es algo que de momento no me atrae, de nuevo nos quedamos sin foto.

El domingo ha empezado lloviendo pero en cuanto llegamos al colegio para el descubrimiento de la placa cesa la lluvia por completo, hombre es que tenemos que hacer una foto de grupo y lloviendo se complica más de la cuenta; mis espías me han comentado que hay una pequeña grada en el campo de baloncesto, parece una buena opción y apruebo la moción.

Acabado el acto de descubrimiento de la placa recuerdo —se hicieron cientos de fotos, incluso unas aéreas desde la comunidad de las monjas que debieron declararla como jornada de puertas abiertas— vuelvo a desplegar el trípode, coloco la cámara y cuando levanto la vista veo con sorpresa que ya está el grupo casi dispuesto a posar para la posteridad.

De nuevo me veo flanqueado por otros fotógrafos y vuelvo a sentir el mismo alivio de ayer, alguna saldrá como es debido y es que no me fío de mi mismo porque aunque me gusta mucho la fotografía no termino de descubrir sus fotogénicos secretos.



Por fin programo los diez segundos de rigor y salgo pitando a ocupar mi lugar en el cuadro de enfoque entre un nuevo y divertido pitorreo general, me coloco lo mejor posible, repito la acción ahora con el flash como indicador de disparo y el resultado no ha quedado mal del todo.

Con ellos al hombro enfilo la cuesta abajo, en cuanto llego al hotel dejo el trípode en recepción sintiendo un gran alivio porque esta vez no he tropezado con nadie, excepto con una peripuesta señora a la salida de Misa, si las miradas matasen... pero me quedo con la cámara porque seguro que la comida dará lugar a otro montón de fotos, es curioso que con lo divertido que resultó el festival de chistes sus autores hayan salido todos con cara seria, aparte de que las cámaras seguro que las carga el diablo puede que desde el estrado vieran como alguien se zampaba su postre.

En la página hay muchas fotos, para dar y tomar, cada una de ellas le diré algo a alguien recordándole hoy y mañana los buenos momentos pasados en Santander, desde aquí quiero dar las gracias a todos los fotógrafos por inmortalizarlos, a mi trípode por contarlo y muy especialmente a todos los pínfanos por soportarnos.